

## **PALABRAS PRONUNCIADAS POR EL DIRECTOR PARA AGRADECER LA DONACIÓN DEL PIANO A LA CAJA PROVINCIAL DE AHORROS**

*(Sesión del 17-III-94)*

---

ÁNGEL AROCA LARA  
ACADÉMICO NUMERARIO

---

Como es comúnmente conocido, nuestra Academia nació el domingo, día 11 de noviembre de 1810. La conformaron los miembros de la Sección Literaria de la Real Sociedad Patriótica Cordobesa y surgió como un cenáculo dedicado al cultivo exclusivo de las Letras, hecho a la medida de la patria de Góngora. No obstante, la universalidad histórica de Córdoba, su condición de ciudad abierta a los vientos de cualquier filiación, determinó que aquellos primeros académicos decidieran muy pronto franquear las puertas del joven instituto a otros saberes y a otras formas de expresión.

¿Cómo aquí, en la patria de Séneca, de Averroes y de Maimónides, las tres figuras señeras del pensamiento romano, islámico y hebreo, podía relegarse la Filosofía?, ¿cómo habría de dejarse al margen la Medicina en la tierra de Albucasis y Muhammad al-Gafiquí?, ¿cómo ignorar el Arte donde vio la luz Juan de Mesa Velasco, imaginero del color por excelencia, cuyos Cristos de cedro reviven cada año su agonía cuando nievan los celindos al viento denso de la tarde en las almunias de la sierra de Córdoba?

No, definitivamente no podían quedar así las cosas. De ningún modo se hubiera hecho justicia a Córdoba, que es tanto como decir Roma o decir Atenas o decir Bizancio, vetando a su naciente Academia cualquier disciplina o instrumento de los que se ha valido el hombre, desde que tuvo conciencia de serlo, para cultivar su espíritu.

Por ello y tal como apuntábamos, a los pocos meses de su creación, en febrero de 1811, la Academia de Bellas Letras de Córdoba, pasó a ser General y comenzó a apedillarse de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes.

Hasta en una ciudad como la nuestra, que es pura poesía, ésta ha de contenerse de vez en cuando para dar paso a los rumores que fluyen de su entraña. Quizá porque la Albolafia continuaba elevando su viejo gemido sobre los trinos de los ruiseñores y el piar impenitente de los gorriones, nietos de aquellos otros que alcanzó a ver Inb al-Jatib sobre los entrelazados mimbrales del Guadalquivir, la

Música tuvo también cabida en una de las secciones de aquella joven Academia, que hoy, cuando ya está próxima a cumplir sus dos primeros siglos, sigue rindiéndole un encendido culto.

“La música –ya lo dijo don Miguel de Cervantes por boca de Dorotea– compone los ánimos descompuestos y alivia los trabajos que nacen del espíritu”. ¿A quién, entre los que han consagrado su vida a la investigación, no le ha desasosgado alguna vez el escaso reconocimiento de su esfuerzo?, ¿quién, entre los altruistamente empeñados en redimir al hombre por la cultura, no siente el desaliento cada día ante el pragmatismo insolidario del “triumfador”? Realmente no es fácil tratar de ser un académico consecuente y no desfallecer en el empeño, mas peor hubiera sido intentarlo sin el aliento reconfortante de la música.

Pero además de este motivo, que es harto importante y cuenta también con su vertiente práctica, la Academia de Córdoba tuvo otra razón de primer orden –ya lo hemos insinuado– para abrirle sus puertas a la música.

Al avanzar un poco más en la lectura de *El Quijote*, encontramos que Sancho le dice a la duquesa: “Donde hay música no puede haber cosa mala”. Si así es realmente –y debe serlo porque nadie sentenció con más acierto que el fiel escudero del Ingenioso Hidalgo– la música ha de salirnos al paso a la vuelta de cualquier esquina en esta ciudad, que es perfecta en su esencia, pese a nuestra fatal propensión a contaminarla.

Antes de ahora, he cantado la proporción del paisaje urbano de Córdoba y he visto en ella una de sus notas más singulares. Y la Alhama Mayor de esta ciudad –el último edificio clásico de Occidente, en opinión de Chueca– siempre se me antojó hija predilecta de la armonía. En ella, el capitel de Mérida conoró sin remilgos el fuste de Cartago, y el arco visigodo de herradura se avino a convivir con el mediopunto romano. Todo, absolutamente todo, desde la piedra blanca y el sanguino ladrillo del fuerte dovelaje al grácil almenado, de estirpe babilónica, que corona las sogas y tizones del muro imperturbable de su fábrica, se funde en la Mezquita sin sombra de estridencia, como nota precisa, ceñida al pentagrama de aquellos alarifes que forjaron la arquitectura califal, una de las más bellas –de ello no cabe duda– que ha producido el arte.

Pero, si la proporción y la armonía, que afloran por doquier en la ciudad que fuera la capital de Al-Andalus, son categorías musicales de primer orden, ¿qué habremos de decir de su nombre sonoro, que es música en sí mismo?: Córdoba. ¿Dónde, sino en este silencio, que es de dolor y muerte en Capuchinos, de serena quietud en las Ermitas y de escamas de plata en la Ribera, podría encontrar el arte de Euterpe su mejor contrapunto?.

Si no hubiera existido la música cuando Claudio Marcelo fundó su Colonia Patricia, habría de haberla inventado para ella o, quizá, esperar a que Córdoba misma la inventara con el rumor del agua de sus fuentes y la quietud silente de sus patios de luna.

La Real Academia de Córdoba, cabal y consecuente, nunca quiso vivir de espaldas a la música. No obstante, no nos ha sido fácil rendirle su tributo en los últimos años. Cada vez que la ocasión lo ha hecho imprescindible, nuestros músicos han tenido que vérselas con los muchos achaques de un viejo piano de la desaparecida Sociedad de Conciertos, que hemos tenido en depósito hasta hace

unos días.

Hoy, gracias a la generosidad de la Caja Provincia de Ahorros de Córdoba, aquel piano prestado y cansado de sonar, tiene su espléndido relevo en el que acaba de donarnos don Alfonso Castilla Rojas, Presidente de la referida entidad.

Con él, la música recobra su tradicional presencia en la Academia y sus miembros saludamos este feliz reencuentro con el mismo alborozo que nuestros antecesores franquearon sus puertas a la lira de Apolo y la flauta de Marsias aquel 21 de febrero de 1811, ya lejano.

La Caja, que desde hace años viene dando muestras de su especial apoyo a la música con actividades de tanto predicamento en la ciudad como los conciertos semanales del Palacio de Viana, ha querido venir hoy a la Academia a reafirmar su empeño en favorecer el arte de Euterpe mediante esta inestimable donación que recibimos de manos de su Presidente. Y, como las entidades no tienen más alma que la que anida en sus hombres, es precisamente a don Alfonso Castilla Rojas a quien deseamos felicitar públicamente en este acto por haber impulsado tan acertada política cultural.

Recibe también, querido amigo, mi agradecimiento personal por el celo que has puesto en atender una petición, que reconozco formulada con la osadía e insistencia de quien sabe que está pidiendo para la institución cultural más antigua de la ciudad, cuya misión no ha sido otra que la de servir a Córdoba en sus casi dos siglos de existencia.

Te ruego, asimismo, que transmitas al Consejo de Administración que presides el general reconocimiento del Cuerpo Académico por haber atendido nuestra petición con tanta largueza. Estamos seguros –y ello nos estimula a continuar en la línea que nos hemos marcado– que en su decisión hubo de pesar el enorme bagaje de prestigio que aportaron a nuestra Academia quienes nos precedieron.

Es de justicia proclamar que jamás hubiéramos obtenido de la Caja Provincial de Ahorros este piano sin el apoyo a nuestra gestión de hombres como Manuel M.<sup>º</sup> de Arjona, Teodomiro Ramírez de Arellano, Rafael Romero Barros, Francisco de Borja Pavón, Rafael Ramírez de Arellano, José M.<sup>º</sup> Rey Díaz, Antonio Jaén Morente, José Manuel Camacho Padilla, Rafael Aguilar Priego, José de la Torre y del Cerro, Miguel Ángel Orti Belmonte, Rafael Castejón y Martínez de Arizala, Dionisio Ortiz Juárez, Francisco Zueras Torrens y tantos otros preclaros cordobeses que consumieron su vida sirviendo a la ciudad desde esta Academia.

Gracias a la munificencia de La Caja, la música –la más inmaterial de las artes y, por ello, la más excelsa, en opinión de algunos– podrá tener en el futuro de la Academia el lugar preeminente que reclama la esencia misma de Córdoba.

Confiamos en que así sea, y lo hacemos esperanzados al ver coincidir en este actos dos hechos que se nos antojan prometedores augurios del cumplimiento de nuestro anhelo. De una parte, este piano nuevo nos llega cuando ya se anuncia la primavera con toda su fuerza revitalizadora; y de otra, el encargado de arrancarle sus primeras notas va a ser, precisamente, uno de nuestros académicos más jóvenes, don Julián García Moreno. No hay nada como el maridaje de la primavera y la juventud para abonar un sueño; que todos lo veamos cumplirse.